

Del indoeuropeo al griego moderno: historia sucinta de la lengua griega

El indoeuropeo y los orígenes indoeuropeos del griego

El griego es una lengua indoeuropea. Se llaman lenguas indoeuropeas a aquellas que derivan de una lengua o un tronco lingüístico común, al que llamamos *indoeuropeo*. No tenemos, sin embargo, ningún documento escrito de este *primitivo indoeuropeo* o *protoindoeuropeo*. ¿Cómo sabemos, por tanto, si existió esta lengua que consideramos originaria, a partir de la cual se han derivado la mayor parte de las lenguas habladas actualmente en la Europa occidental y, por extensión, en el resto del mundo?

El descubrimiento científico de la noción de indoeuropeo se remonta al siglo XIX. Este siglo representa una encrucijada entre los movimientos de búsqueda de los orígenes -ligados a la corriente de pensamiento llamada Romanticismo-, con el desarrollo de modelos de análisis científicos que son aplicados por las Ciencias Naturales. En este caldo de cultivo, determinados filólogos o estudiosos de la lengua, entre los que destacará el alemán Franz Bopp, se proponen estudiar las semejanzas y diferencias entre lenguas, en lo que se ha venido en llamar *gramática histórico-comparada*.

La gramática comparada sacará a la luz el hecho de que entre determinadas lenguas existen semejanzas que no pueden deberse a la casualidad (por ejemplo, existen similitudes entre *pater*, *father*, *vater*, *padre*, *pare*, *πατήρ*, todas ellas con el significado de "padre" en latín, inglés, alemán, español, catalán y griego respectivamente y por ejemplo). En el intento de explicación de estas semejanzas se desarrollaron diversas teorías, de las cuales, la que más seguidores ha tenido -aunque no ha sido aceptada por todos los científicos- ha sido la que considera que a lo largo de la historia existe entre las lenguas una relación de madres a hijas, como es el caso del latín respecto de todas las lenguas romances: español, catalán, gallego, portugués, francés, italiano o rumano, por ejemplo. Pues bien, por similitud, en el caso de las lenguas antiguas, como el latín, el griego o el sánscrito, también deberemos suponer que existió más allá en la antigüedad una lengua madre que les dio origen. Esta lengua madre es el *Indoeuropeo*.

Dado que los primeros lingüistas que desarrollaron la noción de *indoeuropeo* fueron alemanes, en un principio el nombre que eligieron para denominar a esta hipotética lengua madre fue el de *indogermánico*. Pero esta denominación ha sido sustituida por una menos restringida de *indoeuropeo*, y que hace referencia a la lengua madre de las lenguas que se hablan en toda la extensión que va desde la India hasta las regiones más occidentales de Europa.

El *indoeuropeo* es por tanto una lengua hipotética, una lengua que se reconstruye a base de comparar series de palabras o de estructuras sintácticas, con el objetivo de suponer cuál sería la forma origen a partir de la cual derivaron las diversas variantes de cada lengua particular.

Cuando hablamos de una lengua, aunque sea una lengua de "reconstrucción" o hipotética, como lo es el *indoeuropeo*, hemos de pensar en primer lugar en sus hablantes y, en segundo lugar, dónde vivieron, es decir, cuál fue la patria originaria de estas gentes,

cuya expansión dio origen a los pueblos y lenguas de la antigüedad y de la actualidad en Europa y Asia occidental.

Aunque las propuestas han sido múltiples, una de las teorías que mayor reconocimiento ha tenido es la que dice que los *indoeuropeos* son habitantes originarios de la zona caucásica, que hubieron de emigrar en busca de zonas más cálidas y que se mezclaron o impusieron a los pueblos que se encontraron en aquellas zonas en las que decidieron establecerse. Existen algunos indicios de que esto pudo suceder así. Por ejemplo, y en referencia concreta a Grecia, algunos topónimos no se explican etimológicamente bien desde la perspectiva de una lengua indoeuropea, lo que parece indicar que son propios de una lengua que no lo es. Por ejemplo, nombres de ciudad terminados en el sufijo -ινθος [-inthos], como Κόρινθος ['korinthos], no serían indoeuropeos. Incluso algunos objetos como el nombre de la *bañera*, tampoco se explican desde la perspectiva propia del griego: ἀσάμινθος [a'saminthos]. Incluso el término θάλασσα ['thalasa] *mar* no sería tampoco griego. De hecho, los griegos llaman propiamente al mar *sal* ἅλς ['hals]. Por tanto, los griegos, hablantes de lengua indoeuropea, emigrantes venidos del norte, se mezclarían con los lugareños de Grecia e impondrían su lengua y su cultura, pero conservarían términos fundamentales, como son los nombres de lugar y los términos propios de objetos que, para ellos, recién llegados, les eran desconocidos.

Las gentes procedentes de Europa oriental que se asentaron en Grecia hablaban, por tanto, una lengua *indoeuropea* que luego ha sido reconocida como Griego. Ante este hecho cabe hacerse una importante pregunta: ¿la lengua que trajeron estos antepasados de los griegos que conocemos históricamente era un griego uniforme o estaba ya dividido en diversos dialectos? Es esta una pregunta de difícil respuesta. Básicamente se trata de intentar discernir si el griego originario o *Protogriego* era homogéneo o estaba ya, antes de entrar en Grecia, separado ya en diversos dialectos. La opinión más generalizada acepta que posiblemente hubo algún momento de cierta uniformidad lingüística, pero que la situación altamente dialectalizada de Grecia antigua responde de alguna forma a una ausencia de uniformidad ya en el momento de las migraciones hacia tierra griega.

El griego micénico.

Los primeros testimonios que poseemos de griego escrito pertenecen a la Época Micénica. Esta época recibe su nombre de la población de Micenas, en la región griega de la Argólida, que, por los restos arqueológicos allí hallados, debió destacar por encima de otros centros poblacionales de la época. La Época Micénica abarca desde mediados del siglo XV a. C. hasta finales del siglo XIII a. C.

Los textos griegos de esta época han sido encontrados escritos sobre tablillas de arcilla. El tamaño y la forma de estas tablillas varía mucho, pero en general suelen ser del tamaño de una mano o de la palma de la mano. Véanse las siguientes fotografías.

Las tablillas fueron encontradas en lo que se ha venido en llamar *palacios micénicos*.

Dichas tablillas no contienen escritos literarios, sino solamente anotaciones y registros de carácter administrativos. Además, han llegado a nosotros por haber sido cocidas

circunstancialmente. En efecto, las tablillas originarias se fabricaban en arcilla que no era cocida, sino solamente almacenada en cestas. Un incendio casual en palacio, provocado de forma casual o como producto de algún acto bélico promovió su cocción y, por tanto, su pervivencia.

Estas tablillas fueron descubiertas tanto en diversos puntos de Grecia, en particular del Peloponeso, como en Creta. Al principio de su descubrimiento se desconocía su contenido. El sistema de escritura utilizado era desconocido y fue imposible leerlas. Sin embargo, pronto se descubrió que utilizaban en general dos sistemas gráficos diferentes: uno usado en general en tablillas encontradas en Creta, al que se llamó *Linear A* y que se consideró la base del otro, que se encontró en Creta y en particular en tierra Griega propiamente dicha, al que se llamó *Linear B*.

El desciframiento se logró en el año 1951 por parte del arquitecto inglés Michael Ventris, con ayuda del experto en griego John Chadwick. El sistema de escritura se reveló como un silabario, es decir, cada signo representa una sílaba y no un fonema simple. Este hecho causó que el griego escrito en *Linear B* sólo pudiera representarse de forma imperfecta, dado que de las sílabas de estructura *consonante-vocal-consonante* (es decir, sílabas trabadas o acabadas en consonante) sólo se representaban los dos primeros sonidos (*consonante-vocal*) y que incluso no se representaban los diptongos, sino sólo la primera vocal de estos. Con todo el desciframiento demostró que en el siglo XV a. C. había ya griegos en Grecia y que allí se hablaba griego.

El estudio del griego de época micénica ha revelado que posee cierta uniformidad. Sólo algunos pequeños indicios parecen demostrar la presencia de algún dialecto diferente. Sin embargo, nada que se pueda comparar a la división en dialectos, tal como la conocemos para la época arcaica (siglos VIII-VI a. C.) y en adelante. Así, el griego micénico parece que es un dialecto o la base de algún dialecto griego, pero no un griego primitivo a partir del cual se desarrollaron el resto de los dialectos que conocemos históricamente.

La civilización micénica tiene su fin entre mediados del siglo XIII a. C. y su final. A partir de aquí y hasta la aparición de los primeros testimonios escritos en un griego escrito con un alfabeto -siglo VIII a. C. en adelante- nos encontramos con una etapa de la historia de Grecia poco significativa. Llama la atención este período por tratarse, aparentemente, de una época sin escritura, sin centros poblacionales imponentes, como había ocurrido durante la época micénica, prácticamente sin restos significativos. Por eso se llama a este período *Época Oscura*.

Al final de la *Época Oscura* encontramos un renacer de los agrupamientos poblacionales y los comienzos de la organización de las familias en lo que podemos llamar ciudades incipientes. Grecia continental intensifica los contactos con gentes comerciantes que se acercan a hacer negocio con los griegos: son los fenicios. Los primeros contactos de los griegos con este pueblo, conocido por su espíritu emprendedor y comercial, se producen probablemente en la zona sur de Asia Menor, quizás en la isla Rodas. Los fenicios traían consigo un sistema de escritura que algún o algunos griegos consideraron útil adoptar. La escritura silábica antigua *Linear B* estaba ya olvidada y los griegos necesitaron seguramente un sistema para consignar anotaciones sobre registros mercantiles o

transacciones comerciales. Los fenicios utilizaban un sistema donde cada fonema era representado por un signo; no se trataba, pues, de un sistema silábico. El signario que usaban los fenicios estaba adaptado para el fenicio, pero no para el griego. El fenicio no representaba los sonidos vocálicos. Lo que hizo el griego fue adaptar este signario a su propia naturaleza fonética, representando cada uno de sus sonidos con el signo que pareció corresponder mejor, según la fonética fenicia, por comparación con la griega. Los griegos usaron como signos para vocales los que del fenicio parecieron más adaptarse a dichas vocales.

Finalmente es necesario decir que de la misma forma que Grecia estaba plagada de dialectos, tampoco hubo un alfabeto uniforme para todos, sino variantes incluso a nivel local. La uniformidad sólo se alcanzó de forma tardía, y en ello tuvo mucho que ver el apogeo ateniense en época clásica primero, y la constitución de una ecumene griega, merced a las conquistas de Alejandro Magno. De los griegos tomaron los romanos el alfabeto y lo adaptaron también a su propia lengua, alfabeto que propagaron por todas sus provincias y que ha dado origen a nuestro actual signario.

Los dialectos griegos de la Época Arcaica y Clásica. Introducción.

La geografía de Grecia es muy accidentada, llena de montañas y valles, y más bien pocas zonas llanas. Esta disposición orográfica supuso un obstáculo a superar entre los diversos habitantes de la zona griega para establecer contactos entre sí. Además favoreció el aislamiento y la conservación de variantes dialectales incluso a nivel local.

En efecto, Grecia es un mar de dialectos. Y esta diversidad dialectal es muy posiblemente el reflejo de la llegada de los griegos a Grecia en diversas oleadas migratorias procedentes de zonas septentrionales de Europa: la hipotética patria originaria de los indoeuropeos. Sea como quiera que haya sido, el hecho es que Grecia es todo menos uniforme desde el punto de vista lingüístico. Incluso hay dialectos locales -llamados *epicóricos*, porque se extienden en una zona determinada- que pertenecen a un gran grupo dialectal determinado, pero que comparten rasgos con un gran grupo dialectal diferente. La situación es muy compleja.

En general se puede decir que los grandes grupos dialectales se asocian con grandes grupos tribales griegos: jonios, eolios y dorios se asocian respectivamente a los dialectos jónico-ático, eólico (eolio de Asia Menor -lésbico- y continental -tesalio y beocio-) y griego occidental (dorio y griego del noroeste). Un cuarto grupo dialectal es el llamado arcado-chipriota, hablado lógicamente en Arcadia -una zona orográficamente aislada y, por tanto, muy conservadora de rasgos lingüísticos arcaicos- y Chipre, que fue colonizada por gentes procedentes del Peloponeso, probablemente de puntos como Arcadia, Laconia o Argos. Finalmente, el panfílico, hablado en Panfilia, no se amolda bien a ningún gran grupo exactamente.

Grupo dialectal jónico-ático.

Los griegos que hablaban el dialecto jónico o jonios se expandieron a través de las Islas Cícladas hasta llegar a la costa occidental de Asia Menor -la actual Turquía-. Pero antes de que pudieran avanzar hacia el norte, dicho extremo había sido ya ocupado por griegos de habla eolia. Estos griegos de Asia Menor se orientalizaron bien pronto: adquirieron formas de vestir y costumbres propias de las gentes autóctonas de esos lugares. La lengua se vería también afectada, de manera que el dialecto se hizo más conservador en aquellas zonas no tan mestizadas, como son las islas Eubea y Cícladas.

En Atenas, en particular, por tratarse de una ciudad de gran pujanza y de afluencia de gentes de múltiples procedencias, el dialecto padeció los más grandes cambios, sin que en ningún momento haya podido constituirse un dialecto ático propiamente independiente del jónico.

Grupo dialectal arcadio-chipriota.

El dialecto arcadio-chipriota se caracterizó por estar hablado por gentes de localización geográfica y dispar: Arcadia es una región de acceso dificultoso, situada en el centro del Peloponeso, mientras que Chipre es una isla situada en la costa sur de Asia Menor. Las razones por las que dos puntos tan distantes y de características tan diferentes hablaran dialectos emparentados se debe precisamente a una relación migratoria entre ambos puntos y al hecho de su carácter aislado, que ha facilitado un conservadurismo acérrimo en todos los aspectos.

Grupo dialectal eólico.

Los eolios habían ya ocupado zonas de Asia Menor en fecha anterior a la llegada de los jonios a través de las Cícladas. Los eolios ocuparon el extremo noroccidental de la península, además de islas adyacentes, en particular Lesbos, que da nombre a un dialecto específico, el lesbico.

El origen de los lesbios es también continental y se sitúa en particular en Tesalia.

Grupo dialectal dorio (griego occidental).

Al parecer los griegos que hablaban el dialecto dorio habrían sido los últimos en penetrar en tierras griegas, procedentes de las zonas septentrionales de Europa. Su llegada se habría producido quizás a finales del segundo milenio antes de Cristo, por la costa occidental de Grecia. Movimientos migratorios, como sucedió con los otros grupos éticos, les llevarían a expandirse rumbo al sur, incluso a través de Creta, hasta las islas y la zona suroccidental de Asia Menor, donde entraron en contacto con los griegos de habla jonia. Desde el punto de vista lingüístico, el dorio destaca por su carácter altamente conservador.

Observación sobre la distribución dialectal del griego antiguo.

La situación dialectal del griego antiguo es muy compleja, en particular porque en una época en la que no existen medios de comunicación de masas y el sistema político se centra en grupos poblacionales reunidos en ciudades que llegan a ser políticamente

independientes -la *polis* griega-, el relativo aislamiento dibuja un panorama lingüístico altamente seccionado, donde se puede hablar incluso de *dialectos locales* o *epicóricos*.

El griego en los documentos. La lengua de las inscripciones.

El griego antiguo es una lengua fonética, es decir, se afana por escribir lo que pronuncia. Esto ha permitido estudiar su evolución histórica, por medio de las adaptaciones y los cambios en la escritura. También ello ha permitido conocer considerablemente bien las diferencias entre los dialectos. Una uniformidad muy relativa se alcanzó en el año 403 a. C., fecha en la que Atenas adoptó el alfabeto de Mileto, que se adaptaba considerablemente bien a sus características fonéticas. Merced a la pujanza ateniense y su dominio político, este sistema alfabético fue adoptado progresivamente cada vez por más estados.

A la hora de estudiar la evolución del griego, no podemos tener en la misma consideración toda la documentación escrita. Veremos en primer lugar el griego de los documentos oficiales, de lo que llamamos *inscripciones*.

En un momento determinado de la historia de Grecia, se sintió la necesidad de consignar información en materiales no perecederos. Así se grababan sobre piedra, por ejemplo, acuerdos tomados en asambleas, decretos, decisiones que eran fundamentales para la vida política, administrativa o social de una ciudad. Estas *inscripciones* reflejan una lengua especializada: se trata de una lengua burocrática, de carácter administrativo, que usa fórmulas de expresión fija, estable, que, por tanto, adquiere prontamente la calificación de arcaizante. Podemos comparar el estilo y la consideración que los griegos tenían de la lengua que se usaba en la inscripción de decretos y decisiones asamblearias con la consideración que modernamente tenemos nosotros mismos del lenguaje judicial, que es un lenguaje especializado y fácilmente reconocible por sus usos estereotipados y fosilizados. Esta lengua de oficina, burocrática, debió hallarse, por tanto, muy lejos de la lengua de la vida cotidiana, de la lengua que podemos leer, por ejemplo, en los diálogos de una comedia.

El griego en los documentos. La lengua de la literatura.

Parece lógico el hecho de que no debe ser lo mismo la lengua de las inscripciones -lengua oficializante y esclerotizada- que la lengua viva del día a día. También debe tener un carácter particular la lengua que se utiliza con fines literarios. Para los griegos esto era una verdad que llevaron hasta sus últimas consecuencias, porque de algún modo acabaron asociando determinados dialectos con determinados géneros literarios, de manera que escribir en un género literario sin otorgar a la lengua la "coloración" dialectal que le correspondía implicaba sencillamente no escribir literatura.

A esta situación, es decir, a la de asociar de forma indisoluble un dialecto determinado a un género literario determinado, se llegó muy probablemente por el hecho de que determinados géneros literarios se cultivaron o se inventaron en el seno de un dialecto específico. A partir de ahí se debió asociar dicho dialecto a dicho género, hasta el extremo de llegar a ser indisociables: las gentes que quisieron cultivar, que quisieron componer una obra literaria en ese género, tuvieron que adaptarse a escribir en el

dialecto correspondiente, aunque no fuera su dialecto madre. Con todo, esto no ocurrió o alcanzó a todos los géneros literarios: hubo algunos géneros que no se vincularon nunca a ningún dialecto determinado.

EL GRIEGO DE ÉPOCA ARCAICA (ss. VIII-VI a. C.)

El dialecto literario de la épica.

El desconocido personaje llamado Homero ha sido considerado desde la antigüedad como el autor de las dos grandes obras de la épica griega arcaica: la *Ilíada* y la *Odisea*. La lengua utilizada en estas dos obras es arcaizante y no puede asignarse con claridad a ninguna variante dialectal griega. Incluso contiene elementos de épocas diferentes. La base es fundamentalmente jonia, y los elementos que no se identifican como jonios se considera que tienen un origen eólico. Ambas obras, además, están compuestas en verso, que en determinados casos condiciona la forma que utiliza el poeta, que la adapta a la métrica. Es, por tanto, una lengua literaria eminentemente artificial.

La *Ilíada* y la *Odisea* son obras que hoy en día conservamos por escrito, pero fueron obras de composición oral, cuyo origen se puede remontar mucho más atrás de su primer momento de ser puestas por escrito, merced al mecenazgo de la tiranía de Pisístrato. El carácter oral de estas obras se percibe en el hecho de que muchos versos se repiten y que están compuestos a base de fórmulas fijas, que el *aedo* o cantor profesional utilizaba como base para completar el resto del verso. Así, originalmente la lengua de la épica es una lengua creativa, viva, que muere en su espontaneidad en el momento de quedar por escrito, fijada en un texto. Una vez escritas, las obras épicas serán sometidas a sucesivas correcciones y adaptaciones, muchas veces con pretensiones depuradoras, esto es, con la intención de corregir lo supuestamente erróneo, con lo que el texto original quedará gravemente modificado. La conclusión es que no podemos estar seguros de que el texto que tenemos de estas obras se corresponda de forma más o menos fiel a su forma original.

El dialecto de la *Ilíada* y la *Odisea*, así como su composición versificada se erigirá como modelo para otras obras posteriores, incluso para obras que no pueden ser consideradas de forma estricta como épicas, como son las obras de Hesíodo, poeta propiamente didáctico. Hesíodo es hijo de un campesino con ciertas aspiraciones literarias. Se siente inspirado por las musas y escribe una *Teogonía* -poema en la que cuenta la generación de los dioses- y los *Trabajos y días*. El trasfondo de esta última obra es un litigio con su hermano sobre la herencia del padre de ambos: es un poema en sí didáctico, sin embargo, utiliza la lengua y la métrica de la épica homérica.

Cinco siglos después de las obras de Homero, en el siglo III a. C., el poeta Apolonio de Rodas escribirá las *Argonáuticas*, la historia de Jasón y los argonautas a la búsqueda del vellocino de oro. Apolonio de Rodas utilizará nuevamente el dialecto y el metro épicos para su obra en la línea del viejo Homero. En el siglo III a. C. la épica es ya un género clásico y la *Ilíada* y la *Odisea* son ya más obras de estudio filológico que de uso público. Lo que hace Apolonio es un ejercicio más de literatura científica que de literatura espontánea. Podemos comparar el caso de Apolonio con un autor actual que escribiera una obra literaria de carácter épico en la lengua de Cervantes o en la lengua de Joanot

Martorell. Estaría totalmente fuera de lugar: de la misma forma ocurrió con la obra de Apolonio, que fracasó en un primer momento con su obra, la cual sólo fue reconocida, según cuenta la tradición, en una segunda versión que el autor mejoró a partir de la primera.

El dialecto literario de la poesía lírica.

La poesía lírica, a diferencia de la poesía épica, es una poesía en primera persona, una poesía de carácter personal, que no pretende narrar las hazañas de los héroes del pasado y hacerlas inmortales, sino dar expresión a vivencias particulares. La poesía lírica griega posee una tipología riquísima y son muchos los autores a los que es necesario hacer referencia. Además, no toda la poesía llamada "lírica", es decir, no toda la poesía recogida bajo el apelativo de "lírica" es propiamente una poesía para cantar con el acompañamiento de la lira. Desde el punto de vista de historia de la lengua, que es el que ahora nos interesa, es necesario decir que, al tratarse de una poesía de autor no se hace uso de un único dialecto, sino que cada poeta utiliza su propio dialecto particular. No existe pues, aquí una convención que asocie poesía lírica en general con un dialecto en particular.

Sin embargo, en general se puede decir que, pese al uso del dialecto propio, la poesía lírica utiliza en muchísimas ocasiones la lengua de la épica como modelo. Así entremezclan en las composiciones elementos propios con elementos tomados de Homero. Por tanto, tenemos poetas que escriben en dialecto jónico -en particular autores de elegías, epigramas y composiciones yámbicas y trocaicas- o en dialecto eólico -como por ejemplo la poesía mélica de Safo, en particular en dialecto de Lesbos-.

Dentro del gran conjunto de la poesía lírica hemos de tener en cuenta también la poesía coral, es decir, no la poesía escrita para la ejecución por una sola persona -monodia-, sino para ser ejecutada por un grupo de personas. Aquí tenemos composiciones que hacen uso del dialecto dórico, con algunas formas procedentes del dialecto eólico. Si bien la afirmación de que la poesía lírica no se asocia de forma específica con ninguna variante dialectal, quizás sí que habría que hacer una excepción en el caso de la poesía coral: parece haber habido desde el principio una asociación particular con el dialecto de los dorios. De hecho, en las tragedias, pese a estar escritas en dialecto jónico-ático, las partes corales poseen una fuerte "coloración" del dialecto dórico. Hasta este extremo asociaban los griegos género literario y dialecto. Otro ejemplo muy significativo de lo que se acaba de decir lo tenemos en el gran poeta Píndaro, compositor de profesión, quien, originario de Beocia, jamás escribió, que sepamos, una sola línea en su dialecto materno. Sus composiciones corales son propiamente dorias, aunque se atisban en ellas pinceladas mínimas de beocio, así como formas propias del dialecto eólico. El modelo de la *Ilíada* y de la *Odisea* permanecerá siempre presente, como telón de fondo, al que siempre volverán los poetas para no desligarse de una tradición que era apreciada y reconocida por el público consumidor de este tipo de composiciones literarias.

EL GRIEGO DE ÉPOCA CLÁSICA (ss. V-IV a. C.)

El dialecto literario de la tragedia ática.

En el seno de una obra trágica se pueden distinguir, desde el punto de vista formal, dos partes: las episódicas o narrativas, por una parte, y las corales, por otra -todas ellas escritas en verso-. Llamativo resulta el hecho de que cada una de dichas partes, pese a formar parte de una única y misma obra, recibe tratamiento lingüístico diferenciado. Las partes narrativas están escritas en el dialecto de Atenas, sin embargo, las partes corales, como ocurre con la poesía coral de un Píndaro, por ejemplo, están escritas con la coloración del dialecto dorio. El público griego no encajaría bien un coro de una tragedia escrito en dialecto jónico: eso sería ajeno a su tradición literaria. El coro tenía que ser dorio. Todo ello lleva a pensar que, seguramente, la tragedia se desarrolló a partir de la conjunción de dos géneros literarios diferentes.

La parte fundamental de la tragedia sería la parte coral, la que correspondía al canto, como se ha dicho, en dialecto dorio. Las intervenciones del coro serían bien preludiadas, bien clausuradas con un recitado, cuya base sería el dialecto jónico-ático. Lo que no puede asignarse ni a una ni a otra tradición se debería nuevamente a la tradición épica, a Homero. Con el tiempo, la forma de la tragedia griega evolucionó. Las partes corales pasaron de ser el núcleo de las obras a flanquear el meollo de la trama, desarrollada en las partes dialogadas, en los episodios. Finalmente, el coro quedaría reducido a la posición de un mero entreacto, situación que heredó el teatro clásico, por ejemplo, de la literatura castellana.

El dialecto literario de la comedia antigua.

La tragedia griega de época clásica se caracteriza, salvo alguna interesante excepción, por ser un género de tema mitológico. Por contra, la comedia es lo más apegado a la realidad -a la realidad social de Atenas- del momento. Tenemos precedentes de la comedia como género literario en determinadas formas de poesía lírica, concretamente poesía de escarnio y, de la misma forma que ocurría con dicha poesía, no habiendo un modelo establecido en el que verse reflejada, la comedia griega antigua utilizó como base las lenguas locales. Así tenemos comedia escrita por autores de Sicilia -Magna Grecia- que escriben en el dialecto del lugar, con elementos dóricos.

La comedia desarrollada en Atenas tomó como base la lengua del lugar, el ático más castizo: un género creado para divertimento popular, utilizado al mismo tiempo como arma arrojadiza para criticar la situación política del momento, donde aflora, sobre todo, un lenguaje llano, popular, incluso vulgar. Cratino y Aristófanes son los autores que tomaron las riendas del desarrollo de este nuevo género literario, o al menos esa es la imagen que nos ha transmitido la tradición. La aparición, en las obras cómicas, de personajes por ejemplo ajenos al Ática, procedentes de otras regiones, dan lugar al autor a introducir elementos que hagan verosímil la trama: a estos personajes se les hace hablar en el dialecto propio del lugar del que proceden, lo que se convierte en un ingrediente adicional que incrementa la comicidad de la obra.

El dialecto literario de la prosa historiográfica.

La lengua de los géneros literarios vistos hasta el momento se combina con una expresión poética, sometida a los rigores que impone el verso, la métrica. Con la prosa, este ingrediente adicional del lenguaje desaparece, pero no por ello se ausentan

elementos que otorgan a la composición prosística un valor literario elevado. La selección del léxico, la organización de la sintaxis y el orden de las palabras, las figuras retóricas o tropos, la construcción de los períodos e incluso la aparición esporádica de un cierto ritmo, son todo ello factores que contribuyen a que el lenguaje de la prosa alcance por sí mismo la categoría suficiente para merecer ser considerado parte de la historia de la literatura.

La prosa como elemento artístico parece haberse desarrollado únicamente en las zonas de la Jonia y el Ática. Quizás la forma más antigua de literatura ficcional en prosa es la fábula, desarrollada primero en forma oral y posteriormente en forma escrita. Sin embargo, la historia de la lengua griega en prosa no debe olvidar que en prosa también se escribían las leyes y decretos promovidos por las asambleas de las ciudades, las listas de genealogías, de sacerdotes, de vencedores en los Juegos, así como anotaciones de hechos ocurridos anualmente, hechos todos ellos que dieron lugar al desarrollo de un nuevo género literario, propiamente el historiográfico.

Las primeras manifestaciones de este nuevo lenguaje prosístico las tenemos en Mileto, de la mano de *logógrafos* como Hecateo. Sin embargo, será necesario esperar a Heródoto de Halicarnaso para ver el género de la *Historiografía* nacido como tal. No en vano se llama a Heródoto el *padre de la Historia*. Heródoto utiliza el dialecto jonio, salpicado de algunos elementos arcaizantes que darían cierto relieve a su dicción. En particular, en los discursos se percibe una aspiración a la construcción de un lenguaje elevado, con el uso de giros que se salen de la lengua común o habitual y que están en la tradición del lenguaje labrado utilizado por los sofistas en sus aspiraciones persuasivas.

En el terreno de la historiografía, el testigo dejado por Heródoto será tomado por Tucídides de Atenas en el que encontraremos un uso bipolar de la lengua. En efecto, en su obra tenemos también, como en Heródoto, la utilización de partes narrativas, que cuentan los episodios de la Historia, y partes discursivas, donde se deja hablar por sí mismos a los protagonistas de los hechos. La base lingüística de ambas vertientes de la obra es la misma: el ático salpicado de formas jónicas. Sin embargo, en la elaboración de los discursos aflora un ornato fuera de lo común, con el uso de construcciones y formas de expresión que no proliferan en las partes narrativas y que marcan la diferencia en el uso del lenguaje. Los jonismos y los arcaísmos, así como un léxico cuidadosamente seleccionado ensalzan a una obra pretendidamente racional al estatus de la más elevada literatura.

La obra de Tucídides, incompleta, será retomada y finalizada por otro historiador, de uso lingüístico no tan relevante, pero no por ello menos meritorio. Nos referimos a Jenofonte. La lengua de Jenofonte, que es de base eminentemente ática, contiene además elementos jónicos y se halla salpicada también y de forma particular con elementos dóricos.

El dialecto literario de la prosa filosófica y científica.

Pero no son sólo los historiadores a los que cabe tener aquí en consideración para la historia de la prosa griega. También los escritores de filosofía tienen mucho que decir.

La primera filosofía, la de los llamados filósofos presocráticos, se escribe no sólo en prosa: Parménides, por ejemplo, escribe en verso. La existencia de obras filosóficas escritas en un lenguaje versificado elucida un momento de tránsito, en el que unos autores se deciden por una forma de expresión y otros por otra. Al final se impondrá la prosa como medio de expresión del pensamiento filosófico.

La primera filosofía no abunda en largas disquisiciones, sino en sentencias breves, pensamientos, razonamientos no extensos, pero suficientemente sólidos como para en ellos dar expresión a figuras ornamentales o tropos que representarán los primeros momentos del desarrollo de la técnica retórica. El dialecto utilizado es fundamentalmente el jónico, dado que es justamente la costa de Asia Menor la patria de gran parte de ellos. Los filósofos se enfrentan a tener que desarrollar un lenguaje técnico que sea adecuado para la expresión lingüística de sus ideas. Este lenguaje no existía hasta entonces, de manera que los pensadores griegos son aquí grandes innovadores: desarrollar formas de expresión adecuadas para comunicar el pensamiento abstracto. Sin embargo, los filósofos no fueron los únicos desarrolladores de las capacidades y posibilidades expresivas de la lengua griega: también los escritos de medicina hipocrática hubieron de ser innovadores en el desarrollo de una terminología técnica no utilizada hasta entonces.

En el ámbito de la filosofía es necesario hacer referencia a las obras de Platón, escritas en una forma particular y única en la literatura griega: el diálogo. En las obras de Platón, las disquisiciones filosóficas se expresan en forma dramática, donde dialogan una serie de personajes, entre los cuales el interlocutor principal es Sócrates. En muchas ocasiones, sobre todo en las obras de juventud de Platón, los interlocutores se dedican a dar la razón a Sócrates o a preguntar cómo es tal o cual cosa. Esta forma dialogada, que es una especie de prosificación del teatro, debe considerarse también un precedente de los diálogos en la novela.

El discípulo de Platón, Aristóteles -que pertenece más bien a la Época Helenística- será enemigo de este sistema de presentación filosófica y preferirá la disquisición y exposición de conceptos en el más estricto sentido de la palabra.

El dialecto literario de la prosa retórica.

No podemos abandonar esta visión sucinta sobre la historia de las lenguas literarias de los griegos antiguos sin hacer referencia a la prosa utilizada por los escritores de discursos. Grecia no dejó nunca de ser una cultura donde la oralidad predominaba y se hacía un elemento clave en el día a día de la vida de la ciudad. La vida social de los griegos se desarrollaba entorno a dos lugares cívicos clave en las *poleis* o ciudades estado: el *ágora* o plaza pública y el *dikastérion* o juzgado.

La plaza pública, que era donde se montaba el mercado, se juntaban los hombres para hablar e intercambiar opiniones políticas y en todos los ámbitos, era el lugar en el que periódicamente se realizaban las asambleas. En las *reuniones asamblearias* se tomaban decisiones importantes para el futuro de la ciudad, como era el caso de entrar o no en guerra. Todos los habitantes de la ciudad que tenían el estatus de ciudadanos podían intervenir en dichas asambleas, expresar su opinión e influir con ello en las votaciones.

El juzgado era donde se solucionaban los conflictos entre personas particulares o entre la ciudad y personas particulares. Un acusado debía presentar testimonio y convencer a los jueces, que en determinadas causas públicas eran sus propios conciudadanos, de su inocencia, con el objetivo, bien de derrotar al contrario y conseguir para él una sentencia condenatoria, bien para quedar libres de una acusación que conllevara una pena capital.

También, en determinadas ocasiones muy excepcionales, la ciudad encargaba a un ciudadano destacado que preparara y pronunciara un discurso ante los ciudadanos, con el objetivo de ensalzar a determinados antepasados o bien honrar a ciudadanos que habían dado su vida por la ciudad en una acción bélica. En este caso se esperaba del orador que fuera capaz no sólo de conmover, sino de admirar a sus oyentes con sus habilidades expresivas.

La palabra era, por tanto, un elemento muy poderoso en Grecia. Cada una de estas tres situaciones dio lugar a tres tipos de oratoria: asamblearia, judicial y de demostración, cuyo lenguaje respectivo quedó codificado de forma particular. El lenguaje ante la asamblea debía ser llano, sin demasiado ornamento, y utilizar argumentos persuasivos sin atentar contra ninguna ley aprobada por la ciudad. El lenguaje ante los jueces debía ser probatorio y conmovedor, y aunque no fuera verdad lo que se defendiera, debía ser verosímil y, por ende, persuasivo; los encausados solían encargar a un rétor profesional que les redactara un discurso, el cual era aprendido de memoria, no sólo en su contenido, sino también en la forma de ser pronunciado -movimiento del cuerpo, inflexiones de la voz-. El rétor profesional o *logógrafo* -escritor de discursos- debía ser capaz de adaptar el discurso y el lenguaje a la personalidad de su cliente. Por último, el lenguaje del discurso de demostración debía ser rico en figuras y acercarse a lo poético, sin incurrir en posturas manieristas, por decirlo de alguna forma.

EL GRIEGO DE ÉPOCA HELENÍSTICA (ss. III-I a. C.)

Las épocas Arcaica y Clásica de Grecia se caracterizaron por el desarrollo de ciudades estado independientes, en las que todos los aspectos de la vida social, cívica y administrativa giraban entorno al centro de la propia ciudad. Se puede decir que la vida de los griegos era centrípeta en lo que a cada *polis* se refiere. Con la incorporación de las regiones griegas al reino macedonio dirigido primero por Filipo II y luego por su hijo Alejandro Magno, la tendencia se vuelve justamente la contraria: las instancias administrativas y políticas superan ahora el ámbito restringido de la ciudad y van mucho más allá. La política griega se vuelve centrífuga. El hombre griego, hasta ahora ligado de forma medular a su ciudad y sus instituciones, comienza una transformación que le llevará a ser ahora un *cosmopolita*, un ciudadano del mundo. Los valores tradicionales privados de cada núcleo ciudadano se desvanecen para dar paso a valores supranacionales. Los griegos entran cada vez más en contacto unos con otros y, con ellos, las diferencias dialectales necesariamente empiezan a ser superadas. Una nueva forma de lengua, de base fundamentalmente ática -no en vano Atenas había sido hasta el final de la Época Clásica, el centro del universo griego, no sólo en el ámbito político, sino también en el terreno de lo cultural- va a ser aceptada como moneda de cambio en el nuevo orbe griego. Esta lengua recibirá el nombre de *lengua común* o *koiné*.

Desde el punto de vista literario, sin embargo, se fomentó el mantenimiento de estrictas diferencias entre la lengua hablada, contaminada de dialectalismos, y la lengua literaria. De hecho, se desarrollaron corrientes *aticistas* que tendían a la conservación de los elementos lingüísticos del ático clásico. Ello provocó la acentuación de las diferencias entre la lengua literaria y la lengua hablada. Pero no todos los escritos se centraron en esta diferenciación: escritos científicos, sobre mecánica o matemática, fueron compuestos en *koiné*, como los del propio Arquímedes.

DE LA KOINÉ AL GRIEGO MODERNO

Después de un proceso lento y que es para nosotros mal conocido, los antiguos dialectos se desvanecen ante el avance de la *lengua común*. De hecho, los dialectos del griego moderno parecen tener su base en la *koiné*, una *koiné* que no se manifiesta uniforme, sino que incorpora elementos dialectales diversos, según las diversas zonas geográficas griegas -jonismos, eolismos y dorismos-, así como extranjerismos, fruto del contacto de las gentes griegas con pueblos de hablas orientales y occidentales: lenguas semíticas y latín, este último en particular desde la conversión de Grecia en provincia romana.

Durante la época del Imperio Romano en Oriente, sobre todo a partir de la legalización del Cristianismo con Constantino -siglo IV d. C.-, el griego se convierte en lengua oficial, además de serlo también de la Iglesia. La producción literaria hasta el siglo X es escasa, escrita con una lengua plagada de vulgarismos. A partir de aquí y hasta el siglo XIII nos encontramos con un período de pujanza de las letras. El griego que se utiliza aquí tiene una extraña mezcla de rasgos cultos y rasgos vulgares o populares. La lengua no es uniforme: sigue recibiendo fuertes influencias de las lenguas occidentales y, por circunstancias políticas, la zona de habla griega se retira de la costa de Asia Menor y se concentra en el norte, en la cercanía de Constantinopla.

Después de la caída de Constantinopla en manos de los Turcos -mediados del s. XV- el griego se retira de Asia Menor y sólo se conserva, en esta zona, allí donde dicho pueblo no tuvo una influencia intensa: algunas islas jónicas, Chipre, Creta, por ejemplo. Este griego ha mantenido los dos niveles de lengua mencionados bien diferenciados: una lengua popular, hablada, y una lengua literaria, de base dialectal ática y muy conservadora. Esta oposición ha sido mantenida hasta el mundo moderno, en el que la lengua popular ha sido llamada *dimotikí* -del pueblo- y la literaria *katharévusa* -pura-. Actualmente el griego moderno se habla prácticamente en la misma zona geográfica que se habló en la época clásica. En el año 1982 hubo una reforma ortográfica que introdujo el sistema monotónico: el sistema de tres acentos -agudo, grave y circunflejo- fue abolido, se abolió también el uso de los espíritus y los monosílabos dejaron de acentuarse; a partir de entonces el griego *demótico*, el del pueblo, se impuso, pese al mantenimiento del griego al estilo clásico en instituciones conservadoras como tribunales, ejército e Iglesia.

